

MIGUEL DE VALENCIA

GLOSAS DE LA CULTURA  
ACTUAL

---

Desde antaño, los temas de la Medicina fueron llevados a los recintos del arte. Citemos dos ejemplos concretos, centrados en la presentación artística de los santos Cosme y Damián y de los ciegos de Pieter Brueghel.

En un díptico del siglo xvi, obra de un maestro anónimo del alto Rin, se ha reproducido la imagen, sin duda idealizada, de San Cosme. Muy cerca, observa el cirujano Damián.

El pintor nos presenta una versión original de ambos patrones de la Medicina. Los vistió de manera elegante, con su birrete, pesados abrigos de piel, zapatos puntiagudos. Sorprende la ausencia de los atributos profesionales en los médicos. Ni caja de ungüentos, ni espátula. Pero exhiben, colgada de la faltriquera, una soberbia daga.

Ese utensilio era patrimonio de varias clases sociales. En sus miradas existe un afán inquisitivo, como si más allá de su realidad hubiese otras que urge descubrir.

El artista, valiéndose de tal recurso estético, cifró en las dos figuras una de las más hondas razones de la profesión médica: superar las apariencias, llegar hasta el fondo de la realidad. En esto se basa el arte del diagnóstico.

“Los Ciegos” es uno de los mejores cuadros de Brueghel, el Viejo. El pintor olvida la esperanza de los no videntes. Y nos presenta a seis personajes, abandonados en la tristeza, sin posible salida de las tinieblas.

Con razón se ha dicho que este lienzo es una obra audaz, realista. En las cabezas y en los ademanes de los ciegos está vivo un estudio psicológico, llevado a efecto con los múltiples detalles que suministra el examen médico.

La tragedia que supone la ceguera se ha resumido en la figura del hombre que, arrastrado por sus compañeros, ha perdido el bastón, único punto de referencia para darse cuenta del mundo en donde vive y muere.

Esta obra causa escalofríos. Hace pensar en los recientes estudios médicos, orientados a simplificar la vida de quienes jamás conocieron la forma de las cosas y el impacto de los colores.

El arte nos ha presentado a varios ciegos felices. Ahí están, entre otros, Fineo, Tiresias, Tamiris y Homero. Pero la realidad suele estar reñida con el lirismo.

Pieter Brueghel vivió en el siglo xvi. Su cuadro "Los Ciegos", se halla en el Museo Nacional de Capodimonte, en Nápoles. Pocas veces el realismo pictórico llegó a revelar con mayor fuerza la hondura trágica de no ver, es decir, de tener anegados de tinieblas esos ojos, que son las dulces y claras ventanas del alma.



Son frecuentes las expediciones a los primeros contrafuertes selváticos del río Amazonas. En estos momentos, un grupo de investigadores de diferentes países europeos remonta el cauce principal de tan caudalosa arteria líquida.

Sus primeras informaciones empiezan a ser estudiadas en los centros de biología y de lingüística comparada. Es muy posible que algunos misterios amazónicos sean clasificados y entendidos en su justo alcance humano.

Vuelve a surgir la figura de aquel hombre aguerrido que fuera Francisco de Orellana, intrépido viajero por las riberas del gran río. Sabido es que cruzó de este a oeste, que anduvo desde el altiplano del Perú hasta la confluencia con el Atlántico.

El Amazonas nace en el Perú, cruza el Ecuador. Baja desde las alturas nevadas, atravesando la selva virgen, hasta ir a mezclar sus aguas con las del Atlántico ecuatorial. Los riachuelos, los "iagarapés" forman una red fastuosa. Cada una de esas cintas de agua señala el rumbo de poblados, en donde seres humanos de original textura anímica viven prisioneros del "Infierno Verde".

Esos hombres, como lo está revelando la reciente expedición de científicos europeos, hablan dialectos armoniosos, de suma complicación. Los lingüistas se abocan a la tarea de estudiarlos, fijando posibles puntos de contacto con las lenguas cultas. El hombre civilizado, con paciencia, realiza el sueño de robarle a la selva millones de hectáreas de tierra cultivable. Quiere también desentrañar los misterios de los seres que allí habitan. Ha pasado el tiempo de las conjeturas de significación legendaria.

Orellana llegó hasta el fondo de la selva. En sus relatos está la noticia de las bellas amazonas, doncellas guerreras, altas, rubias, enjutas, esposas de un solo varón en una noche, única, elegida de los dioses. Pero en nuestros días se impone la tarea científica de ir más allá de lo fabuloso y decorativo.

Dicen los expedicionarios, entre los que hay varios profesores de etnografía, que los dialectos amazónicos tienen cierto parecido fonético con las formas expresivas portuguesas y brasileñas. Si llegase a conocerse el mecanismo de aquellas lenguas amazónicas, tal vez sería fácil entender algunos de los ritos bárbaros, que fueron consignados en las notas de ruta de ciertos viajeros de siglos pasados.

El Infierno Verde, la Mansión Infernal sufre un constante asedio. Muchos de sus baluartes serán derribados.



Los filósofos de todos los tiempos han querido aproximarse a los primeros tramos de la historia del hombre. Se detienen con cierto temor en los umbrales de la duda.

No hace muchos días fueron descubiertos los restos de un "Homo Sapiens", posiblemente del neolítico, en la gruta "Val di Varri" en los Abruzzos. El descubrimiento tiene gran importancia, contribuye a engrosar el caudal de historias que le sirven de marco a la vida del hombre actual.

Milton, en su *Paraíso Perdido*, nos habla de la inicial pareja humana. Entre chanzas, deja caer algunas frases de ironía. Por ejemplo, el pobrecito Adán, embobado por los encantos de Eva, llega a decirle: "¡Eres más fresca que una rosa!".

El "Homo Sapiens", instalado en la tierra, ha vivido años y leguas de mal camino. Se ha hecho más inteligente, si bien su dilatación crancana le ha servido de muy poco. Sigue lleno de problemas, terribles, insolubles.

Un filósofo amigo de las figuras literarias dijo que el hombre era "el bípedo implume". Y los poetas de inspiración surrealista afirmaron que ese bípedo, fabricado de una sola pieza, era "el inconsútil mortal".

Las historias del hombre se complican en virtud de una serie de sucesos laterales, si bien incrustados en su vida y en sus temores.

Un barco dedicado a investigaciones submarinas ha fotografiado las huellas gigantescas de un monstruo desconocido. Está como enterrado a más de tres mil metros de profundidad, en el Océano Indico. Lógico es suponer que la imaginación de los científicos se dedicará a formular severas hipótesis.

Las modas submarinas vuelven a copar la afición de los seres humanos. Ya no se trata de localizar huidizas Atlántidas, sino de buscar los orígenes de la vida en los fondos del mar. Ese monstruo desconocido para la ciencia se convertirá en disparadero de fantasías. Quizás entregue alguna verdad concreta.

Entretanto, el hombre, "caña pensante", según denominación del filósofo Pascal, anota en los cuadernillos de su historia ciertos capítulos de indudable interés. Los novelistas y autores de cuentos tremendistas tienen ahora un caudal de anécdotas.



Bailan los individuos de diversas latitudes, para dar forma plástica a un rito, para expresar sus estados anímicos.

La historia de la danza es tan vieja como la presencia del hombre sobre

la faz de la Tierra. En los pueblos primitivos hubo bailarines, sacerdotes que hicieron de esta manifestación artística un medio para conseguir ciertos milagros.

Con el ejercicio, el cuerpo se desintoxica. Los ejercicios coreográficos, acompañados de medicamentos rituales, podían resolver el problema de alguna afección del cuerpo y del espíritu.

Los pieles rojas del estado norteamericano de Wisconsin, los negros de Guinea y los indígenas de Ceilán cultivan todavía el sentido medicinal de las danzas.

Son famosas, entre esos individuos, las coreografías de la cobra, la de los muertos y la del histerismo. Sus prácticas no están exentas de un amplio sentido higiénico.

La cobra es la serpiente venenosa por excelencia. Los habitantes de las regiones en donde el reptil fabrica sus madrigueras viven en continua pesadilla, temen ser mordidos. Para conjurar el peligro organizan sus danzas. Incluso, si en esos momentos son atacados por la cobra, la enorme exudación provocada por el ejercicio contribuye a disminuir el peligro de muerte.

Algunos negros africanos interpretan la danza de los muertos. El espíritu del difunto entra en el cuerpo de los intérpretes. De ahí una defensa contra posibles males venideros.

Los indígenas de Ceilán saben defenderse contra el histerismo, minusvalía sumamente extendida. Bailan las mujeres antes del parto. Cubren su cara con una máscara bellamente trabajada. Durante 48 horas no se da reposo a los pies, hasta que el suelo se cubre de cuerpos exangües. La danza terapéutica ha llegado a su cima. Después será necesario esperar los resultados de tanta dedicación.

Las danzas modernas influyen de una manera notable en la mentalidad de las personas. Se ha destacado la vertiente sexual de ciertos bailes. Pocas veces se ha llegado a estudiar el efecto saludable y sedante de las prácticas coreográficas.

Indios y negros, en nuestros días, nos recuerdan que el arte de Terpsícore tiene unas virtudes higiénicas. Son históricas las danzas de David y de la reina de Saba. El primero danzó en torno al Arca de la Alianza. La belleza negra lo hizo muy cerca de la mirada tutelar y enamorada de Salomón.

Y las sibilas legendarias dibujaron sus taconeos terapéuticos en las montañas, en las llanuras y sobre la verde alfombra de los mares.

Desde antaño, los médicos dejaron volar una hipótesis: el magnetismo terrestre ejerce una influencia notable en la vida de los seres vivos. Un ejemplo dinámico nos los ofrecen las aves y sus fenómenos migratorios, casi siempre orientados de norte a sur.

También las hormigas parecen actuar en función de una presencia magnética. Disponen sus nidos sobre una hilera, conservando un rígido paralelismo con las líneas magnéticas.

Los biólogos han llegado a decir que mediante ciertos campos magnéticos continuos, de intensidad mínima, es posible modificar el sexo de la futura

progenie. En la Escuela Radiológica de Módena se han llevado a efecto varios experimentos.

En algunos códigos talmúdicos, que llevan la fecha de los primeros años de la era cristiana, se lee que las camas deben ser colocadas en la dirección norte-sur. Entre los pueblos japoneses existe un antiguo precepto, que dice: "El colchón se ha de colocar paralelamente al eje del dormitorio, de modo que la cabeza de las personas acostadas esté vuelta hacia el norte, a fin de no ofender a las fuerzas de la naturaleza".

Hipócrates se refirió al problema de la orientación en su obra *Sobre el aire, el agua y los lugares*. Muchas de sus teorías son estudiadas ahora con atención científica.

Todavía no es conocido el exacto mecanismo del sueño. Dejemos, pues, que la cabeza esté orientada en dirección al polo magnético. Tal vez Morfeo nos llegue desde las regiones del sur.